Adiós al silencio en Macuspana

Un grupo de mujeres del municipio de Macuspana, Tabasco, tuvo la iniciativa de echar a andar un plan de cría de Lechones en traspatio. Se trata de un proyecto que ha modificado los roles genéricos de la actividad de la zona y ha fortalecido la vida de las mujeres en su percepción como personas y en las formas de relación con el entorna Las palabras de Teresa Hernández Alejo, una de las iniciadoras, son un testimonio del proceso comunitario y de la tremenda fuerza de estas mujeres.

Laura López Argoytía

NACÍ EL 15 DE NOVIEMBRE DE **1963** en una comunidad de Tabasco. Mis papas se dejaron cuando yo era muy niña y me quedé con mis abuelitos. En las mañanas mi hermano *y* yo íbamos a la escuela y en las tardes trabajábamos en el campo. A veces mi abuela hacia empanaditas y hojuelas de harina para que las vendiéramos y así metíamos más recursos a la casa. Con mi hermano tuve una buena relación, nos llevábamos tan bonito, si a él le pegaban yo lloraba, si algo le pasaba a mí me dolía. Lo sigo queriendo pero seguido nos peleamos pues si algo no me parece se lo digo y eso no siempre le gusta; cada quien en su razón.

Estudié primaria, secundaria y enfermería en Macuspana. En algún momento suspendí mi estudio porque mis abuelitos no tenían fuerza para darme todo y luego me salí de casa. Seguí en la escuela con mi esfuerzo y pude estudiar enfermería con el apoyo de mi esposo. Hasta la fecha me sigue auxiliando en todo. Nuestra relación es muy buena, nos llevamos como si nos acabáramos de conocer, enamorados como siempre. Antes de estar juntos mi mundo era de niñez, de no preocuparme, y luego él me enseñó lo importante que es el trabajo, la responsabilidad. Eso me dio y me siento feliz. De mí aprendió a decir lo que no le gusta. Es un indígena chol y, por ejemplo, no estaba acostumbrado a defender sus derechos de ejidatario en las reuniones; ahora lo hace.

Yo era más agresiva cuando llegué con él, era egoísta, no me gustaba dar de mí a ciertas personas; no quería que me hablara nadie y si un hombre me decía algo como: "Que bonita eres", le daba una bofetada. A mi esposo le pegué un par de veces; la primera vez me dijo que ya lo pagaría,

La segunda me dijo... otras cositas..., luego me canto una canción, me reviró y me dio un beso, me convenció. Lo recuerdo todavía *y* lo vuelvo a vivir; al pensar en eso me da risa y él me dice que "el que a solas se ríe, de sus maldades se acuerda".

Me casé a los 14 años. Era normal que las mujeres se casaran chicas, algunas lo hacían a los 12, y a los 13 ya estaban dando a luz. Mi hija no tiene novio, dice que no piensa casarse, tal vez no le ha llegado su tiempo. Quiere seguir estudiando hasta el doctorado y le digo que sí, que yo dejé de estudiar por los hijos (tenemos cinco), pero ella puede esperar un poco y dedicarse a estudiar si tiene la oportunidad.

Durante mucho tiempo trabajé como enfermera y lo dejé hace cuatro años. Un gran problema en ese trabajo era el transporte, cuando salía a las ocho de la noche ya no había carro para regresar a casa. Hasta cierto punto me ha gustado no seguir en eso porque me dedico a mis hijos, a mi esposo, a mis proyectos. Mi hogar es lo mejor que me pudo haber dado Dios. Además es muy importante lo que hago ahora con los lechones.

Golpe a las rocas

Hace algunos años, a dos compañeras y a mí se nos ocurrió criar lechones en los solares ole nuestras casas como un pequeño negocio. Fuimos al Centro de Capacitación Agroforestal (CECAF) para pedir apoyo; se nos dijo que sólo trabajaban con señores, pero de todos modos nos contactaron con el Fondo Nacional de Empresas Sociales (FONAES) y dos años después nos concedieron la petición. Dimos los primeros pasos, gestionamos material para hacer los chiqueros, agua potable, todo lo necesario. También empezamos a relacionarnos con El Colegio de la Frontera Sur (ECOSUR) y ahí nos dieron la visión de mujeres, nos ayudaron a clarificarnos sobre nuestra responsabilidad en el proyecto: esto es un asunta de mujeres y un asunto para que nosotras opinemos. Avanzamos tanto en ese sentido que ahora los hombres se sienten relegados; se cita a hombres y mujeres a las reuniones pero las que llevan la rienda sor, ellas.

A muchas señoras les ha costado trabaJo involucrarse porque no estaban acostumbradas al ajetreo que implica el proyecto. Los esposos al principio no las dejaban salir cuando era necesario, pero no hemos abierto camino y ahora nos dicen: "Ustedes son las socias, ustedes deciden en el proyecto aunque en la casa sea diferente". La verdad es que las relaciones de matrimonio también han cambiado. Ellos ayudan un poco más, por ejemplo, a moler la masa

para la tortilla y el pozol, o a[1] ver a los hijos si anclamos atareadas en la cocina o si estamos en reunión o en algún foro sobre el proyecto; aunque hay actividades que no están dispuestos a realizar, en general son mas participativos.

Puede decirse que lo de los lechones da más dinero que el campo porque es algo constante, mientras que hay veces que se echa a perder la cosecha y no hay ganancia. Los hombres han visto el beneficio, dicen que nosotras mantenemos la casa, pero no es cieno, es entre los dos, ahora nos comparten el trabajo. Si tiene dinero el hombre, lo tiene la mujer.

Como organización hemos logrado mantenernos a base de reuniones, intercambio de experiencias entre nosotras y con gente de otros lugares. Con esfuerzo hemos hecho que el grupo funcione mejor cada día. Nuestra cooperativa se llama Yshicobj, que en chol quiere decir mujer, grupo de mujeres. Somos 100 mujeres de cinco comunidades. Yo pertenezco al grupo Ixim, que quiere decir maíz. Nos ha costado trabajo avanzar por el machismo, aunque ese no es siempre el problema sino que las mismas señoras no se atreven; a veces, cuando les hablamos sobre algún asunto del trabajo fingen que no entienden el español y al hablarles en chol siguen diciendo que no entienden porque no quieren asumir responsabilidades. A pesar de todo, le dimos golpe a las rocas y ahora las mujeres participan más.

Todo lo hacemos nosotras

El trabajo es de mucho cuidado y sabemos resolverlo. A los 114 días desde que entró en calor, la cerda debe estar pariendo; el destete es a los 30, y a los 45 días de nacido el lechón lo estamos entregando al centro de acopio y ahí se encargan de comercializar los animales. Debemos mantener limpio el chiquero, vacunar a la cerda, desparasitarla, estar al pendiente de su cuidado. Todo lo hacemos nosotras, capamos, cortamos cola, cortamos ombligo. Los esposos sólo nos apoyan y ya contamos con la infraestructura necesaria para que no sea una tremenda carga de trabajo. A veces las cerdas tienen 14 o 16 cerditos y del dinero que obtenemos por ellos abonamos lo del alimento y lo que debemos a FONAES, lo demás es de las productoras.

En nuestras comunidades hay personas que antes no tenían ni para comer y hoy gozan de privilegios: se visten, calzan, se alimentan bien. Qué alegría ver que estoy cosechando a corto plazo lo que sembré; siento satisfacción al haber hecho algo por la gente, eso me hace vivir tranquila, me hace vivir feliz. ©